

## Uno

Julia ha muerto. Lo leí en *The Times* esta mañana. El obituario era bastante largo, pero lo que me llamó la atención desde el principio fue la fotografía, el clásico retrato de estudio de finales de los años treinta o principios de los cuarenta: los ojos enormes y casi transparentes, el pelo liso y los labios pintados de oscuro. Nunca me cayó bien, ni yo a ella. Por eso es extraño que tuviéramos cierta amistad durante tanto tiempo. De no haber sido porque nuestros maridos eran socios, no creo que hubiéramos cruzado más de cuatro palabras o nos hubiéramos visto más que en contadas ocasiones formales, a pesar de que tuvimos profesiones similares muchos años. El caso es que nuestra relación fue muy estrecha, y hasta pasamos un par de vacaciones juntas después de la guerra. Ahora mismo nos veo caminando por el paseo marítimo de Niza, con una falda blanca plisada y nuestros maridos charlando detrás. ¡La de años que habrán pasado desde la última vez que estuve en la Costa Azul! No guardo buenos recuerdos de aquello. Julia era mayor que yo, me sacaba casi once años, y aunque nunca había aparentado la edad que tenía, poco después de cumplir

los sesenta empezó a desarrollar una artritis muy fuerte. La artritis es una enfermedad que yo relaciono con esa belleza aquilina particular de Julia, como si tuviera muy poca carne con la que proteger los huesos. Después de la muerte de Charlie no se dejaba ver mucho: se quedaba en casa, en aquel piso espacioso pero frío de Onslow Square, al que yo iba a visitarla de vez en cuando, puede que menos de lo debido. Nunca se alegraba de verme: ¿por qué se iba a alegrar? Al final intenté alejarme de ella, pero sin éxito, como me pasaba con todo. La llamaba de tarde en tarde, empujada por una sensación de compromiso y también por algo más complicado y timorato que la compasión, quizá lástima. Ahora caigo en la cuenta de que llevaba por lo menos cinco años sin verla. Por eso me impresionó tanto la fotografía.

Julia había sido muy famosa de joven, cuando supuestamente se hizo esa foto. Se ganó cierta fama como actriz de cabaret y aparecía con regularidad en espectáculos de variedades de tono picante, hasta que esas cosas pasaron de moda. A la gente le hacía gracia que una aristócrata como ella condescendiera a distraer al público de ese modo. Ese elemento de condescendencia en sus actuaciones despertaba respeto, aunque no en todas partes: cuando quiso actuar para las trabajadoras de las fábricas en los años de la guerra su estilo resultó demasiado esnob para el gusto popular. Julia parecía anacrónica con esos vestidos largos y el pañuelo de chiffon anudado en el meñique de la mano izquierda, una afectación suya que no gustaba allí donde la moda consistía en meterse los rizos gordos como salchichas debajo de un turbante y llevar un mono anudado en la cintura. A pesar de que tuvo varios amantes —algunos de ellos hombres de pres-

tigio, otros bastante turbios—, Julia nunca alcanzó esa informalidad que la habría situado en el mismo plano de las demás mujeres y que invitaba a ese tipo de confidencias que tanto le gustaban cuando se cruzaban en su camino. Más adelante se dejó atender por la incondicional Maureen, una mujer de aspecto enfermizo a la que conoció cuando fue a entrevistarla para el diario local. Julia nunca dijo que no a una entrevista: las entrevistas eran su estilo de comunicación natural. En el piso había sitio de sobra: ningún problema por ese lado. Y seguramente a Julia le venía muy bien que Maureen se ocupara de la compra y las tareas domésticas. Creo que gracias a eso no tuve que visitarla más a menudo. Aun así nos veíamos mucho. Al final, Julia se desentendió de todo y trataba a Maureen como a una esclava. Trataba así a la mayoría de la gente.

Julia no era una mujer simpática, pero tampoco yo lo soy. Si conseguimos llevarnos bien fue porque teníamos algunas cosas en común, principalmente nuestros maridos, mientras vivieron, y nuestra experiencia en la profesión, ámbito en el que yo siempre le mostraba respeto. Julia esperaba cierta deferencia. Además, a las dos se nos daba bien catalogar a la gente: nos animábamos mucho hablando de nuestros conocidos, y Julia era una imitadora excelente. En resumidas cuentas, ella a mí me asustaba y yo a ella la aburría, pero en nuestra época de apogeo, mientras las dos estuvimos sanas y casadas, lo normal era que hablásemos por teléfono dos o tres veces a la semana. Nuestras conversaciones eran completamente intrascendentes, y con el tiempo se fueron espaciando. Ninguna de las dos tenía ganas de enterarse de los achaques y los dolores de la otra, y la viudez no

contribuye precisamente a ampliar el número de temas de los que una puede hablar. A Julia le encantaba divertirse, aunque no tenía ni una pizca de sentido del humor: quería que la divirtiesen a todas horas. Su jerarquía de temas divertidos era ante todo conyugal o sexual: quién tenía un lío con quién, quién se estaba divorciando y por qué; cosas así. Siempre se le ocurría alguna insidia para todas las partes implicadas: esa era su idea de diversión. A mí me disgustaban ese tipo de conversaciones y por eso ella me consideraba aburrida. Para Julia, la mayoría de la gente era público al que ella se dignaba entretener por una especie de *noblesse oblige*, pero la gente tenía la misma obligación de entretenerla. Siempre decía: «Vamos a debatir», con lo que quería decir: «Vamos a pelearnos», porque normalmente era implacable. Y le gustaba el peligro, por eso a mí me alarmaba. Aun conociéndola desde hacía tanto tiempo, siempre me acobardaba un poco, nunca me encontraba cómoda en su compañía. Y al final resultó que me sobraban motivos para sentirme así.

Julia era muy guapa pero no tenía dulzura. Su belleza era del tipo inmaculado y seco que nunca se deteriora. Siempre llamó la atención por lo alta y lo delgada. Tenía unos pies tan finos que le hacían los zapatos a medida. Con los párpados caídos que enmarcaban sus ojos azul pálido era capaz de transmitir numerosas insinuaciones de índole invariablemente despectiva. Esos párpados destacaban en sus actuaciones y eran el centro de todas las caricaturas. Creo —tengo razones para creerlo— que Julia no era nada sensual por naturaleza, aunque tenía su repertorio de gestos sexis duros: los párpados, por supuesto, y las palabrotas que salían continuamente de

sus labios bien cincelados. Siempre tuve la sensación de que, en lo más recóndito de su ser, muy por debajo de los párpados y de la mano llena de anillos con la que sujetaba un vaso de whisky, Julia siempre fue una niña, pero una niña perdida: soñadora, ingenua, despreocupada, casi pura. Dos pistas de esto: una la vivacidad que desplegaba en presencia de su madre (las dos bebiendo whisky y riéndose como colegialas) sumada a la devoción que sentía por su hermano, que se había descuidado en algunos aspectos, «pobrecillo», y había acabado vendiendo coches; y otra la costumbre de dejar la ropa interior en una silla del dormitorio, cubierta con un paño de seda ex profeso. ¿De dónde le venía una costumbre tan arcaica? En la generación de mi madre era común, pero hoy en día casi ha desaparecido, porque las mujeres de hoy utilizan el cuarto de baño como tocador, y en todo caso no dejan la ropa en medio.

Por otro lado, Julia era una mujer muy anticuada. Incluso cuando estaba en la cúspide de la fama, a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, a mí me parecía una mujer madura, con experiencia, hasta perversa, y eso que para la mentalidad de hoy seguía siendo muy joven. Vestía como una señora de mediana edad, ropa bonita y sobria de Lelong y Patou. Para su regreso a los escenarios, con un éxito enorme, escogió un turbante y un vestido blanco de Madame Grès. Tanta elegancia infundía respeto en aquellos tiempos de escasez, antes de que el país volviera a levantarse: solamente se veían mujeres bien vestidas en el escenario, y por eso tanta gente iba al teatro. Aun así Julia resultaba anticuada incluso a sus más fieles seguidores, a los hombres solitarios recién llegados de la guerra y a los pelu-

queros jóvenes. En eso residía en parte su encanto, en que encarnaba un estilo que había dejado de existir. Lo cierto es que Julia siempre estuvo desfasada. Culpaba a todo el mundo menos a sí misma, pero la única vez que me dio pena fue un día que la vi bajar esos párpados preciosos y supe —la certeza llegó como un fognazo— que lo que sentía no era desdén, como ella pensaba, sino incomprensión. Al momento se fue a su dormitorio, abrió sus muchos armarios de par en par y nos exigió que le dijéramos qué ponerse. En realidad ya había tomado una decisión, y ella nunca se equivocaba, pero le gustaba quejarse del mal gusto de quien tuviera la osadía de hacerle una sugerencia ridícula. Este tipo de situaciones, que se repetían con frecuencia, eran uno de los ritos con los que Julia fortalecía su dominio. Era famosa por eso, como era famosa por casi todo. «Ah, Julia —se reían sus amigas—. ¿Por qué no pierdes la cabeza por una vez y cometes un error?» Pero nunca hizo eso. Nunca jamás lo hizo.

Se llamaba Margaret Julia Wilberforce y siempre se refería a sí misma como Wilberforce, aunque para su madre era Meg. En el escenario, por supuesto, era simplemente Julia. Sin embargo para ella tenía casi tanta importancia ser una Wilberforce como ser Julia, y a mí se me dio a entender que ser un Wilberforce significaba tener acceso a cierto esplendor. Esto nunca se decía explícitamente. La única razón por la que lamentaba no haber tenido hijos era que se perdiera su apellido, pues parecía poco probable que su pobre hermano se casara, siendo tan dado a todo tipo de excesos menos a los relacionados con el amor y la responsabilidad. El esplendor de los Wilberforce, reducido ahora al de la propia

Julia, residía en aquellos bisabuelos, abuelos y tíos militares, así como en la querida memoria de su padre, también militar, cuya fotografía, en un marco de plata, ocupaba un puesto de honor tanto en el salón de Julia como en su mesilla de noche. A ninguno de sus dos maridos se le concedió el mismo honor. Ni a Simon Hodges, al que siempre llamaban Hodge, ni a Charlie Morton. Cuando se hablaba del padre de Julia, tanto a ella como a su madre se les humedecían los ojos de lágrimas, y luego, con la mano temblorosa, volvían a llenar el vaso de whisky. Hodge, a quien nunca llegué a conocer, también había sido militar, pero en todo lo demás no estaba a la altura y fue condenado a un divorcio sumario. «Éramos demasiado jóvenes», decía Julia con una sonrisa compungida y complaciente: y, en cierto modo, cabía deducir que el interludio — pues se trató de un interludio más que de un matrimonio en toda regla — había significado muy poco para ella.

Charlie era diferente. «Charlie es mi puntal, es mi sostén», decía Julia. Y no era ni más ni menos que la verdad. De voz suave y andar suave, corpulento, despistado y encantador, Charlie era el marido ideal para una mujer como Julia, aunque, no siendo un Wilberforce, se quedaba un poco al margen cuando Julia y su madre estaban juntas. Yo tenía la sospecha de que Charlie mantenía a su suegra en un apartahotel de la zona de Sloane Avenue: desde luego era él quien costeara todos los servicios domésticos de la casa de Onslow Square, porque si Julia entraba alguna vez en una tienda, cosa bastante rara, era para que le reparasen un reloj de pared sin arreglo («¡Tiene que arreglarlo! ¡Era de mi abuela! Prométame que lo intentará»); y si iba a la peluquería, muy de vez

en cuando, era porque su peluquero habitual, que la atendía en casa, se había ido de vacaciones. Siempre decía que sus necesidades eran inmateriales, por eso era Charlie quien llamaba por teléfono a Harrods o Selfridges y hacía un pedido considerable, o se quitaba la chaqueta por la noche para preparar una tortilla. Julia vivía a base tortillas y de whisky —por más que asegurase que no le gustaba ninguna de las dos cosas— y no parecía que eso le afectara a la salud.

A mí me indignaba que tuviese a Charlie de criado, pero él lo aceptaba como una obligación natural. Creo que siempre supo que se había casado con una belleza, que como la había retirado de la circulación, por así decirlo, en cierto modo estaba obligado a ponerse a su servicio. Ella lo trataba como a un pretendiente, recordaba continuamente cómo la esperaba en la puerta del teatro y le enviaba flores todas las noches, hasta que por fin le escribió una carta para que se la entregasen en el camerino en la que le decía: «Eres la mujer de mi vida. Nunca habrá otra.» Esto se rememoró en varias ocasiones estando yo presente. A mí me parecía exagerado, indigno de un hombre como Charlie, que al fin y al cabo era un abogado de cierto prestigio y estaba muy solicitado en Londres, que tenía su bufete en Hanover Square, del que mi marido, Owen Langdon, era asociado. A pesar de todo, Charlie aceptaba sin protestar estas pequeñas representaciones de Julia, como si fuera consciente de que en cierto modo él no llegaba a dar la talla, y a veces pasaba discretamente con un trapo para quitar el polvo de algún sitio, aunque se suponía que la señora Wheeler limpiaba a fondo todas las mañanas. Era un hombre atractivo, alto, grande, puede que un poco relle-

nito, con unos ojos castaños que irradiaban calidez y una expresión alegre, siempre a punto de estallar en una sonrisa. A veces se le perdía la mirada, como si le apeteciera cambiar de tema, pero tenía demasiado buen corazón para enfadarse y era más natural en él, incluso más agradable, sonreír y acatar que salirse con la suya. Alguna vez me planteé si se sentiría solo o si sería una carga para él no ser un Wilberforce. Nunca me pareció que Julia tuviese demasiada vida interior. Era autosuficiente en todo y eso le daba una autoridad natural. No dependía de nadie, ni siquiera de Charlie, por más que fuera su puntal y su sostén. Julia, pensaba yo a veces, quizá tuviera un cerebro más agudo que Charlie, y eso que él era un hombre muy inteligente y, desde luego, más sutil que ella. Hacían buena pareja. Él siempre se quedaba un poco al margen para que ella destacara. Las canas de Charlie eran el contrapunto natural para que Julia luciera su melena caoba. Ese pelo lacio, oscuro y cortado a lo paje (también anticuado, ahora que lo pienso), arreglado con ingenio y objeto de intensos debates con Bobby, su peluquero, fue un rasgo exterior que Julia nunca cambió, que conservó hasta el final de su vida.

Charlie era un encanto. Cuando murió, Julia no perdió el control: estaba triste, claro, pero nunca derramó las mismas lágrimas que le arrancaba el recuerdo de su padre. No se le humedecieron los ojos, aunque debió de sufrir o al menos acusar el golpe, porque después de eso apenas salía de casa. En realidad no lo necesitaba, pues para entonces Maureen ya se había instalado con ella, pero a mí me extrañaba de todos modos. Julia no estaba enferma; es verdad que estaba muy agarrotada, aunque tenía poco más de sesenta años. Simplemente se sentía

más segura en Onslow Square que en la calle, donde solo habría sido una viuda más.

Nos juntamos todas para ayudar. A mí me pidió bastantes cosas en aquella época, pero nunca estaba satisfecha con cómo las hacía. «Da igual —decía—. Seguramente he puesto el listón demasiado alto.» Maureen y la antigua ayudante de camerino de Julia, Pearl Chesney, se reían y se compadecían de mí, porque casi siempre estaban allí ayudando a Julia, con su madre, que increíblemente tenía ya ochenta y cuatro años. Parecía que Julia también iba a ser longeva, que su reclusión y su determinación de acero la protegían de las múltiples tensiones de la vida. Ahora mismo la estoy viendo, sentada en su salón blanco y amarillo ácido de Onslow Square con un whisky en la mano. Yo tenía la sensación de que Julia no cambiaba con los años, de que seguía siendo esbelta, elegante, irónica, hierática y cruel. «He oído que Nigel ha vuelto a salir corriendo —decía—. Bueno, no es culpa suya. Esa mujer que tiene... ¿Has conocido alguna vez a una mujer tan aburrida?» Nunca se ponía de parte de la mujer en esos casos. Creo que había algo masculino en su solidaridad con los hombres que se portaban mal. Había que ser muy fuerte para ganarse el respeto de Julia o al menos su atención. Por eso tenía tan poco tiempo para una persona como yo, a pesar de que el destino nos hubiera unido de una manera que a mí por naturaleza me costaba aceptar o soportar.

Cuando entraba en su salón con flores —o cualquier cosita, siempre le llevaba un detalle—, ella me las quitaba de las manos con un gesto de palpitante gratitud y luego se detenía a observarlas. «Ah», decía, con una nota de menguante entusiasmo, fingiendo que las exa-

minaba más a fondo. «Ah. Qué bonitas.» Marcaba la pausa, ponía los párpados a media asta y, entonces, quien estuviera delante —su manicura, Maureen, Pearl Chesney, la señora Wilberforce— rompía a reír. «Muy bonitas —repetía, perdiendo el interés—. Déjalas ahí, por favor. Ya me ocuparé luego.» Todas las flores que le llevaba, y fueron muchas, acababan siempre en una mesita, donde unas veces se quedaban hasta que las ponían en un jarrón, mucho más tarde, y otras hasta que las tiraban a la papelera.

De todo esto hace mucho tiempo. Julia ha muerto con casi ochenta años, y yo ya estoy cerca de los setenta. Nunca aceptó la vejez: en cierto modo no lo necesitaba, porque nunca perdió su poder. Para mí las cosas han sido muy distintas. Yo siempre he sufrido y he sido insegura. Los años me han tratado con amabilidad por ahora. Me encuentro bien; es verdad que he engordado unos kilos, pero todavía me conservo bastante esbelta. Me cuido todo lo posible, sigo la moda y me ciño a la regla de mi madre: marrón en otoño y azul marino en primavera. Algunos todavía me recuerdan de los tiempos en los que cantaba en la radio. Era Fay Dodworth, una de las favoritas de la época. Cantaba baladas románticas y me ofrecieron un par de papeles importantes en diversas comedias antes de que todo se volviera tan complicado. Tenía una voz bonita. Algunos decían que era guapa, aunque el listón estaba más bajo entonces: a una mujer se la admiraba por tener el pelo ondulado, los pómulos altos, la cintura fina, hasta la espalda recta. No sentí dejar mi trabajo. Nunca tuve temperamento de actriz. Volví brevemente a la radio para leer el serial de «Woman's Hour»: mi voz seguía siendo melodiosa y

siempre había tenido una buena dicción. Recibí unas cuantas cartas de gente que me escuchaba cuando era joven. Me animaron mucho. Desde entonces no me ha ocurrido nada reseñable, aunque sigo activa y contenta. Me han felicitado por mi alto nivel y procuro conservarlo.

Naturalmente, soy consciente del aspecto físico que tengo de noche, con el pelo suelto. He observado, casi objetivamente, la aparición de este cuerpo asexual, un cuerpo al que hay que tratar con cuidado hasta que finalmente le llegue el relevo. Cuando mi figura perdió definición, cuando empezó a acusar los efectos de la gravedad, supe que el amor se había acabado para siempre. Pero a todo el mundo le pasa lo mismo, pensé; todo el mundo está sujeto a la ley del cambio. Recuerdo que una noche me miré con asombro el pelo largo, casi sin color, y me palpé la carne en la cintura. Lloré un poco. De todos modos, esa noche dormí bien, como siempre, y a la mañana siguiente me desperté pensando en lo tonta que había sido. Por la mañana siempre estoy de buen humor. La tarde es la hora mala para mí. En esos momentos me siento irremediamente como mi madre, que esperaba en la ventana hasta que me veía llegar a casa y yo la saludaba con la mano en la penumbra. Pero al cabo de un rato me levanto, me preparo una taza de café y pongo las noticias. No tiene ningún sentido dejarse llevar por la melancolía. Siempre hay otro día, o eso me gusta pensar.

Mi canción era *Arcady*. «*Arcady, Arcady is always young.*» A veces la cantaba al final del programa, como bis. ¡Qué canción tan bonita! Y también cantaba *Only Make-Believe* y *You Are My Heart's Delight* y *I'll Be Loving You Always*. Canciones preciosas todas. A veces

aún me vienen a la cabeza las letras, aunque procuro no acordarme de la melodía, porque desde que me estoy haciendo mayor me resultan insoportables: tristes, lastimeras, vulgares, nostálgicas, cargadas de desengaños cotidianos, incluso de tragedias. Procuro no pensar demasiado, aunque supongo que tengo tanto que pensar como cualquiera. En todo lo que ya no está. En todo lo que he perdido. Pero después me recupero, de una forma u otra. La verdad es que he sido afortunada: nada me ha hecho perder el equilibrio, tan importante para quien al menos intenta conservar la dignidad. En conjunto he tenido una vida muy fácil, muy agradable. Fui una chica guapa, me casé bien... ¡Qué lejano parece todo! Y una vez tuve eso a lo que aspiran la mayoría de las mujeres. Procuro no olvidarlo.

## Dos

Mi padre, Jimmy Dodworth, era el gerente de una sala de cine en los tiempos en que los gerentes de cine aparecían todas las noches en el vestíbulo del local con esmoquin, camisa de gala y pajarita. Vivíamos en Camberwell, en una de esas estrechas casas de la época georgiana que ahora tanto gustan a los hijos y las hijas de los banqueros. A nosotros nos parecía una casa normal y corriente, bastante oscura, con demasiadas escaleras y un jardín no muy grande. A mi madre, que estaba muy delicada y se cansaba con facilidad, no le gustaba: soñaba con un piso moderno en un barrio como Ealing o Golders Green, con armarios empotrados en la cocina y calefacción central. A mí me encantaba aquella casa, porque era la única que había conocido. De pequeña era feliz jugando en los rellanos o en mi dormitorio, o lanzando la pelota contra la tapia en el jardín, donde también había un cobertizo y una carbonera. Al fondo crecía un saúco, en la parte que miraba a un callejón estrecho que desembocaba en la calle principal, y yo cogía una silla y me sentaba a los pies del árbol, haciendo como si estuviera en el campo. No tenía

ni idea de cómo era el campo, porque creo que nunca habíamos ido de vacaciones. Mi padre siempre estaba de guardia, como él lo llamaba, y a mi madre le ponían nerviosa los viajes. A pesar de que era inquieta y tenía una imaginación desbordante, le convenía quedarse en casa y salir solo para lo imprescindible, como hacer la compra o ver una película. El cine colmaba sus aspiraciones de una vida mejor, le descubría un mundo de posibilidades, de lujo y extravagancia, en el que una mujer solo necesitaba unos pies que supieran bailar, una cara bonita o una voz para cautivar al hombre soñado y cumplir su mayor deseo. Mi madre creía en estas cosas, y yo también.

Nuestra vida estaba modelada por el cine, tanto física como moralmente. El encanto del cine en esos tiempos era su absoluta falta de clasismo. La heroína era por lo general una huérfana valiente, una modestísima bailarina o una dependienta con tirabuzones rubios y talento para la réplica. La convención dictaba que el héroe fuera de rango superior, que se dejara asombrar, seducir y finalmente perdiera la cabeza por una mujer llena de vida, humilde pero siempre impecablemente arreglada, con sus mangas de farol y sus medias de seda, cosa que en la vida real muy pocas chicas trabajadoras tenían ni la fuerza ni los recursos para conseguir. Prácticamente en todas las comedias de Hollywood había un infame coro cómico de mujeres esnobs que fumaban con boquilla y llevaban sombreros anticuados —normalmente la madre del héroe y un par de prometidas a las que él descartaba—, pero a todas las derrotaba el descaro de la heroína y la sinceridad del héroe. La proposición de matrimonio era inevitable, porque siempre eran his-

torias morales. Una chica ganaba gracias a su encanto o su personalidad, no a su influencia, mientras que si el héroe alguna vez tenía la innoble idea de seducirla enseguida se reformaba por la virtud de la que hacía gala el objeto de su fascinación: nunca jamás había pasión hasta el momento en que se formalizaba el vínculo, con acompañamiento de números de baile y canciones a todo volumen.

Esas inocentes películas de los años treinta y principios de los cuarenta determinaron el aspecto y la conducta de un par de generaciones de hombres y mujeres jóvenes. Las chicas sin ninguna experiencia de la vida aprendían a ser provocadoras, y los chicos, con menos experiencia aún, a ser atrevidos. En el mundo real eran novatos que jugaban al deseo, y el juego les resultaba delicioso, posiblemente más que la versión auténtica, que aprendían mucho más tarde, a veces con amargura, a veces para siempre —porque el divorcio se consideraba una desgracia, algo que ni siquiera se podía contemplar— y sin rastro de canciones y bailes. Cuando era pequeña, las mujeres con hijos de mi edad a mí me parecían ya maduras, mientras que el cine era un mundo de eterna juventud. Al crecer aprendí que la eterna juventud es un espejismo demasiado valioso para renunciar a él: tiene que encontrar su sitio en alguna parte, consagrarse como un mito, un ideal, incluso una fantasía. En aquellos tiempos, antes de la guerra, vivíamos un sueño de inocencia que los años de la guerra no llegaron a destruir del todo, a pesar de que viéramos escenas que nadie tendría que ver jamás, ni hombres ni mujeres. Ahora, mirando atrás, me parece que las posibilidades de felicidad eran exclusivas de la juventud, que la gente procuraba aplazar la

vida adulta lo máximo posible. La vida adulta llegaba de golpe con el matrimonio, y la mediana edad con los hijos. La gente rara vez parecía tan feliz como esperaba serlo antes de hacerse mayor.

Yo diría que ahora todo es diferente. La gente joven que conozco, las hijas y los hijos de mis amigos, tienen una experiencia increíble, incluso con esas caras todavía tan tiernas. Cuando veo a estos chicos y chicas que se esfuerzan tanto y le ponen tanto empeño, que tienen el listón tan alto y llegan tan lejos, y pienso en mi juventud, me doy cuenta de que yo a su edad vivía completamente en la inopia, y no solo en la inopia, sino protegida. Mi única noción del mundo era lo que veía en la pantalla o leía en la biblioteca de mi madre. El conocimiento del mundo era sencillamente para otros. La diferencia era que en el cine una veía sus deseos cumplidos (sin perder la cabeza, por supuesto) simplemente por tener los pies hechos para el baile o una voz bonita. Las ambiciones que mi madre tenía para mí nacieron en esa época, y aunque yo habría sido más feliz sentada debajo del saúco, soñando, o lanzando la pelota contra la fachada de la casa, me obligaron a tocar el piano y a ir a clases de baile, y luego, cuando para disgusto de mi madre resultó que yo no tenía ni la vanidad ni el espíritu que entonces se consideraban necesarios para ser bailarina, me llevaron a aprender canto bajo la dirección de madame Mojeska, una mujer polaca bastante distinguida que vivía de una modesta pensión de origen misterioso y de las clases que daba a un puñado de imperturbables niñas inglesas, y ese fue probablemente el mayor golpe de suerte de mi juventud. Madame Mojeska me enseñó a cantar, y no solo a cantar sino a respirar y a colocar la espalda

como es debido: aprendí a caminar erguida y a fortalecer el pecho y el diafragma, que es quizá la razón por la que he conservado la figura tantos años.

Además de ser gerente de una sala de cine, mi padre era masón y jugador de póker, cosas que a mí me parecían elegantísimas. Mi padre fue el héroe de mi infancia: ¿no se vestía de etiqueta por las noches? Ahora veo que era un hombre de trato fácil, complaciente, alegre, probablemente mediocre. Tenía una especie de *bonhomie* que yo siempre he valorado en un hombre; esa capacidad para estar cómodo y que los demás también lo estén, de transmitir un sentimiento de entusiasmo y buena voluntad. Era amable: muy pocos hombres tienen ese don. Ahora comprendo que esta amabilidad compensaba cierta debilidad de carácter, y entonces tengo que recordar que también su debilidad era amable. En su vida nunca hubo otra mujer que no fuera mi madre; solo hubo partidas de cartas y cierta cantidad de alcohol. Mi madre se alteraba cuando lo veía sentado en mangas de camisa y tirantes, con un vaso de cerveza a mano y la chaqueta de esmoquin olvidada hasta la tarde del día siguiente. Ella siempre tuvo más ambición que él, más deseo, diría yo ahora, aunque fue un deseo nunca satisfecho. Mi padre era demasiado amable para desear: él quería una vida sencilla, sin desafíos ni sueños imposibles y con ciertas dosis de popularidad y diversión. Cuando estaba en el vestíbulo del cine, saludando a los clientes con una sonrisa digna y acogedora, era un personaje mucho más impresionante que el hombre que después se sentaba en tirantes y mangas de camisa y se limpiaba con la mano la espuma de la cerveza del bigote castaño. Mi madre le decía en voz baja que se pusiera

la chaqueta, y él simplemente se servía otro vaso de cerveza. A veces ella se ponía de morros y salía de la habitación; a veces se le saltaban las lágrimas cuando veía alejarse la perspectiva del piso en Finchley o en Acton y a sí misma condenada para el resto de su vida a planchar en el lavadero oscuro los pantalones de etiqueta de su marido; y ni ascensor ni alfombras de colores chillones ni jardincito delantero que recompensaran su esfuerzo. Mi madre estaba demacrada desde que yo era pequeña. Pero siempre fue diligente, siempre obediente, una buena esposa. Esto era aún más chocante si tenemos en cuenta que mis padres no encajaban demasiado bien. Ella habría podido tener una vida con más glamur que el de las ingratas y latosas rutinas que repetía en nuestra casa. Era una mujer guapa, de ojos grandes y oscuros, pero perdió su belleza muy pronto, cuando aún era muy joven, cosa que a mí nunca me pareció. Era sencillamente mi madre, y necesitaba mi protección cuando iba al cine, por si alguien tenía la desfachatez de hablar con ella; era la mujer que reñía a mi padre, con quien yo, por supuesto, me aliaba; la mujer que me llevaba a las clases de canto y me esperaba a la salida para volver a casa. Esas clases apaciguaban algo en ella. Parecía más dulce, más tranquila, cuando volvíamos paseando por las calles modestas, mirando las tiendas modestas. «Espera un momento, Fay —decía—. Voy a comprar una hogaza de centeno para tu padre, que le gusta mucho el pan recién hecho.» Y yo en esos momentos la quería más que nunca.

Yo quería que mis padres se quisieran, como supongo que les pasa a todos los niños, pero la verdad es que quería más a mi padre. Quería que saliera a divertirse,

aunque mi madre protestara. Los masones eran en general buenas personas, pero mi madre solo sentía desprecio por los misterios que los hombres se traían entre manos. Creo que pensaba que los hombres no tenían derecho a excluir o a ignorar a las mujeres. Pero los masones hacían una buena labor social: financiaban escuelas y hospitales, y eso satisfacía en parte el sentido de la decencia que tenía mi madre. Lo que no soportaba eran las partidas de cartas que duraban toda la noche, y por eso nunca se celebraban en nuestra casa. Mi padre tenía unos cuantos amigos aficionados al póker, y los sábados por la noche se cambiaba el esmoquin por unos pantalones de franela grises, una camisa limpia y un jersey, le daba un beso a mi madre y se iba al bar, donde, como uno de sus amigos era el dueño y como la mujer del dueño era una mujer que no ponía pegas, mi padre se juntaba con Harry, Joe y Paddy en la trastienda y se quedaban allí cuando el bar ya había cerrado, jugando al póker y bebiendo cerveza hasta eso de las tres de la madrugada. Los domingos rara vez se levantaba antes de mediodía. Aun así era un hombre cuidadoso; nunca lo vi sucio o mal vestido, y siempre estaba de buen humor. Mi padre quería a mi madre, aunque nunca llegó a comprenderla, y a mí me consideraba el mayor orgullo de su vida. Y al margen de lo que mi madre tuviera en contra de estos amigos del póker, fue gracias a los buenos oficios de uno de ellos, Harry, un agente teatral de poca monta, como conseguí mi primer trabajo. Pero todo esto es mirar hacia el futuro y los tiempos en que empezaba a hacerme mayor, cuando lo que quiero recordar son esos días dorados en los que éramos una familia y nos queríamos tanto a pesar de todo.

Crecí con la idea de que con unos buenos pies para bailar y una voz bonita para cantar era posible conquistar el mundo, y de que lo único que había que hacer era llevar los cuellos blancos siempre limpios y lavarse el pelo con frecuencia. Y para mí fue así. Pero eso llegó más tarde, como llegó también otro tipo de conocimiento menos agradable. Lo que recuerdo, y lo que me influyó durante tantos años, era el ritual que se practicaba los domingos por la tarde en nuestra casa estrecha, que ahora, supongo, será de gente mucho más rica de lo que mis padres soñaron con ser en la vida. Los domingos, al caer la tarde, estábamos en paz. Mi madre se ponía un vestido bonito —siempre iba bien vestida— y mi padre dejaba el periódico con un suspiro de satisfacción. «Mis chicas —decía—. Mis dos bellezas.» Mi madre sonreía un momento y olvidaba sus enfados. Cuando fui a París en mi luna de miel vi que mi madre era como las mujeres francesas, inquieta y activa, llena de aspiraciones sociales, con sentido de la elegancia, accesible e intimidante al mismo tiempo, y poco predispuesta a la relajación. Sin embargo, los domingos por la tarde los tres parecíamos fundirnos en un solo ser, componer una unidad soñadora mientras oscurecía en la calle y el fuego bailaba en la chimenea. Yo me sentaba en un taburete, a los pies de mi padre. Mi madre tejía. Otras veces leíamos los libros que mi madre traía de la biblioteca Boots, historias sencillas y llenas de buenas intenciones que eran para nosotros una fuente de placer inagotable, parte inseparable del domingo, historias que nunca hablaban de cosas inquietantes o duras y siempre tenían un final feliz. Hoy poca gente se conformaría con esas diversiones, pero ese intervalo, antes de que fuera

demasiado oscuro para leer, para mí era —lo sigue siendo— mágico. Ahora no soy capaz de recrearlo, por más que lo intento, y parte de la desolación de mis últimos días vendrá de la certeza de que nunca he podido sustituirlo por nada que tuviera el mismo peso. Pero nunca fue mi destino tener un final feliz, aun habiendo partido de unos comienzos tan felices. Sigo sin entender cómo ha sido posible, aunque ahora tenga en mi mano toda la información.

Ellos querían que yo fuera feliz y admirada, que triunfase. Y supongo que querían que me casara, aunque contaban con que eso ocurriría en un futuro lejano. Nunca hablaron de tener nietos: yo les bastaba. Y fueron buenísimos conmigo. No protestaron cuando me mudé a Foubert's Place, a un pisito que compartía con una chica a la que conocí trabajando con la orquesta. La retransmisión se hacía a las once de la mañana. Millie era la *mezzo* y yo la soprano lírica, y cantábamos en programas alternos. He seguido en contacto con ella, aunque nos vemos muy de vez en cuando; ella ahora vive en el campo y está viuda, como yo. Cuando viene a la ciudad a hacer las compras navideñas, comemos juntas. Ha engordado mucho, pero sigue siendo muy cariñosa y sonriente. Era una chica encantadora, mayor que yo y con más experiencia, y muy buena. Creo que la bondad de Millie prolongó mi inocencia mucho más tiempo de lo natural, a pesar de que a mí me pareciese natural. Millie salía casi todas las noches, y a mí me gustaba despertarla a la mañana siguiente con una taza de té. Mi madre se alegró por mí: tenía la sensación de que sus ambiciones se habían cumplido ahora que su hija vivía en el West End, compartiendo piso como supuestamen-

te hacían las chicas solteras, y siempre atareada, guapa y llena de esperanzas. No se perdía un solo programa. Y mi padre hasta estuvo dispuesto a madrugar un domingo para llevarme un conjunto de porcelana buena que mi madre no usaba nunca y varias cazuelas y sartenes nuevas. Fue una tontería, ahora que lo pienso, porque yo siempre iba a casa los domingos por la tarde y podría haber recogido esas cosas. Mi padre lo hizo porque quería ver cómo vivíamos y si teníamos el piso limpio y ordenado. Mi madre también vino, pero no el mismo día. El viaje era una aventura para ella, que odiaba salir. Trajo un bizcocho y yo le preparé un té, y después le enseñé las tiendas de Regent Street y la acompañé a la parada del autobús. «Espera un momento, Fay —me dijo—. ¿Hay alguna tienda donde pueda comprarle algo a tu padre? ¿Una hogaza, quizá?»

Mi padre se desplomó en el vestíbulo del cine una noche, a primeros de diciembre. Llamaron a una ambulancia, aunque saltaba a la vista que estaba muerto: por nada del mundo podían dejarlo allí. Mi madre pidió que lo llevaran a casa y me avisó al día siguiente. Recuerdo que yo estaba en la ventana, mirando los esqueletos negros de los árboles y sin saber cómo iba a soportar tanta pena. Mi tristeza era literalmente dolorosa: casi no podía respirar. He sufrido otras veces desde entonces, y puede que la vejez tenga la virtud de hacer que uno se vuelva más estoico, de que acepte la carga de la vida, sabiendo que la alternativa es, sencillamente, la muerte, el no existir, el no sentir. Y como el deseo de durar todo lo posible, incluso para siempre, es inherente al organismo, nos avenimos a aceptar todos los contratiempos, todas las tragedias, si ese es el precio que hay que pagar.

Pero esto no lo aprendí hasta mucho más tarde, y todavía hoy sigo aprendiendo la lección a diario. Entonces, mirando por la ventana los árboles desnudos y espectrales, simplemente me pregunté si la vida podría volver a ser la misma. Y nunca lo fue: ha pasado el tiempo y el cambio se ha instaurado como norma.

Ahora me río de la gente que me dice que la vida nunca volverá a ser igual: es posible que trate a las viudas con demasiada alegría. Y, como digo, he sufrido otras veces desde entonces. Pero la vida no volvió a ser la misma. Yo era joven; me recuperé. Mi madre no pudo. Inmediatamente después del funeral perdió las ganas de vivir. Había vivido siempre intermitentemente enfadada con mi padre, así la recordaba yo, pero ahora que veía la butaca de mi padre vacía, su inquietud desapareció y se pasaba las horas sentada, sin ganas de moverse, con los ojos llenos de miedo. Incluso conmigo tenía miedo. Su única reacción valiente fue decirme que volviera a mi casa, con Millie, a pesar de que yo quería quedarme con ella. «No me sirve de nada tenerte aquí —dijo—. Me las arreglaré. No hay mucho que hacer. Y no voy a consentir que destroces tu vida por mí. Me las arreglaré —repetió—. Tu padre está conmigo todo el tiempo, Fay. Lo siento a mi lado. Vete, cariño. Mi sitio está aquí. El tuyo no.» Esto me pareció un gesto magnífico de su parte, pero me fui únicamente porque me sentí excluida, porque en aquel entonces yo no sabía nada de la naturaleza del amor conyugal. Me fui y cogí un taxi para volver a Foubert's Place, donde Millie me estaba esperando con un té caliente. Viendo que Millie era una amiga estupenda, y que mi madre había estado impresionante, magnífica, me sentí muy afortunada y pronto volví a ser la

misma de siempre. Eso me parece ahora. Entonces todo fue muy distinto, en los días largos y oscuros de aquel invierno. En mi corazón había un vacío que nada podía llenar, y ese dolor me acompañó durante años, años en los que aparentemente llevé una vida feliz y de éxito, años en los que mi corazón se fue marchitando poco a poco, hasta que por fin algo le devolvió la vida.